

ALBUM PINTORESCO.



Puente de Serrières, en Suiza.

DESCRIPCION PINTORESCA DE UN PUEBLO DE LA SUIZA.

El canton del Tessin, cuya capital es Bellinzona, es uno de los nueve cantones católicos en donde no se profesa otra religion que la católica apostólica romana; los judíos y protestantes solo se ven de paño y en las ferias y mercados, principalmente en la tan concurrida de Lugano; tan célebre por lo abundante que suele ser de ganado vacuno, lanar y caballo, que surte á una gran parte de la Lombardia y estado de Milan. No me detendré á hablar de un país que el amor propio me obligaría á decir muchas, y solo diré que á tres leguas de Lugano por la parte del Sur, se halla una llanura hermosa y abundante en toda semilla; su alrededor adornado de hermosas colinas cubiertas de viñas, árboles frutales, castaños y nogales en grande abundancia. Esta hermosa llanura que su figura es un triángulo, por la parte de Levante se dirige hacia la ciudad de Como; al Norte llega á la orilla del lago de Lugano, en donde desagua un pequeño rio que la atraviesa; al Poniente y Sur con el estado de Milan. El lector juzgará que esta llanura sea muy

Abril 17 de 1853.

grande, pues tiene poco mas de una legua de un ángulo á otro, y lo mas particular es que en tan poco terreno se cuentan once pueblos grandes, sin contar varios pequeños en las colinas y diferentes caseríos, de modo que en la circunferencia de cuatro leguas se cuentan veinte pueblos, y á igual distancia tres ciudades; lo mas agradable en esta llanura es oír al medio día en los días festivos el repique de tantas campanas, las que en cada pueblo están arregladas á concierto de tres, cinco ó siete, de modo que causan una melodía tal, que cualquiera extranjero que las oiga por primera vez, no puede menos de admirarse, á la par que siendo el día hermoso se divisa la mayor parte de dichos pueblos.

En medio de la citada llanura hacia la parte de Poniente, se divisa un promontorio que como un pan de azúcar enseorea esta hermosa campiña; en su cima hay un oratorio dedicado á la Santísima Virgen, San Roque y San Carlos, que por su blancura exterior se divisa á distancia que parece manifestar ser el vigía de tan bella vega: al pié de dicho promontorio se halla el antiguo pueblo de Stabulicesaris, hoy dia Stabbio; allí parece que estuvo César; los ancianos lo dicen y algunos mármoles lo aseguran; á este emperador se le

atribuye su fundacion en el tiempo que estuvo allí con su ejército, y cuando levantó el campo, á doce de sus veteranos les dejó esta pequeña colonia, á fin de que poblasen y cultivasen sus tierras, que tan abundantes han sido siempre; y á pesar de ser tan poblada esta pequeña comarca, produce la tierra sobradamente para vivir, y á mayor abundamiento venden sus habitantes anualmente gran cantidad de tabaco en hoja, que se labra en rapé en la fábrica de Chiasso, pueblo distante poco mas de una legua de Stabbio; de modo que si no fuese por los frecuentes temporales en el verano, no le escoderia ningun otro terreno en abundancia. Dichos doce veteranos parece que al principio labraron en union aquellas tierras, mas despues, habiéndose propagado y dividido, repartieron tambien los campos, prados y bosques, dejando una parte de monte para el uso comun, y muchos años despues de esto fué señalada una parte para la manutencion del culto y clero; sus rentas, tanto lo perteneciente al clero como al pueblo, han ido siempre en aumento por la laboriosidad de sus habitantes, y llegó á ser uno de los pueblos mas ricos del canton, hasta que á fines del siglo pasado y á principios de este, en tiempo del emperador Napoleon, que sufrió el pueblo

algunos descalabros por haber sostenido algunas luchas contra diferentes partidas de tropas francesas, que apostadas en la frontera solian internarse en el territorio suizo, y además, habiendo posteriormente tenido algunos años de esterilidad y escasez, se vió el pueblo obligado á enagenar una gran parte de dichos bienes, de modo que en el día les queda muy poco para el uso comun.

Entre las desgracias mas notables acaecidas en esta pequeña comarca durante este siglo, es digna de referirse la siguiente: la primavera del año 1812 presentaba una cosecha abundante, y como habian trascurrido algunos años malisimos, todos sus habitantes estaban llenos de gozo y solo deseaban llegase la hora en que la tierra satisficiera al deseo de los labradores el premio de sus fatigas y sudores, y todos esperaban el día de Santa Ana, que es cuando se suele dar principio á la siega del trigo; mas no fué así: el día 13 de julio á la caída de la tarde, acaeció una tempestad tan grande, que asoló, no tan solo el campo, que manifestaba la mejor cosecha que habian conocido los nacidos, sino tambien los árboles, viñas y cuanto habia de bueno en el campo, todo quedó asolado en el espacio de una hora, en la que cayeron piedras de tres y cuatro onzas de peso, de las que se hallaron algunas quince días despues debajo de las hojas de los árboles y en las cavidades de los mismos; los pájaros los habia en gran cantidad muertos de todas especies por debajo de los árboles. Por espacio de mas de diez años no se han vuelto á ver nogales, castaños ni viñas, que antes existian de mucho tiempo, en algunas partes, pero en otras no se volverán á ver, por haber pasado á poder de otros dueños las tierras y haberse variado de labor el todo á causa de dicha fatal desgracia, cuya memoria se conserva en los anales de la parroquia de Stabbio, por haberse dispuesto se celebrase aniversario de oficios divinos, rogando á Dios los libre en adelante de semejantes desgracias.

Los descendientes de los doce veteranos son los admitidos en la asamblea (eleccion de diputados y demas magistrados) y empleos públicos, tanto en el pueblo como en la república, y las demas familias que se han establecido en Stabbio ha sido mediante el consentimiento de los llamados vecinos oriundos de los doce veteranos fundadores que por mucha honra han heredado y procuran conservar sus apellidos, guardando siempre entre sí una union fraternal hasta el día, dispensando á los demas habitantes los favores que por sus virtudes se hacen merecedores.

El pueblo de Stabbio, tanto por su situacion topográfica cuanto por su clima, es el mejor del canton del Tessin, y disfruta de un temperamento saludable, de buenas aguas y una fuente de agua medicinal.

FASES DE LA VIDA HUMANA.

FRAGMENTOS DE UNAS MEMORIAS.

A. Heriberto G. de Quevedo.

I.

¡Yo habia nacido para las santas creencias! ¡para los puros amores!... ¡Aun siento dentro de mi algo que aspira á las fruiciones de un alma que se mece en inefables voluptuosidades de arrobamiento divino!...

A veces sumérgese mi mente en contemplaciones que no tienen nombre... Mi espíritu se lanza á un mundo desconocido, mundo sin forma, sin color; hijo de las aberraciones de una imaginacion acalorada... ¡Y soy venturoso, porque en esos momentos de éxtasis, adoro en santo silencio al Alto Poder, que de la nada hizo brotar tantas y tan prodigiosas maravillas!... ¡porque un destello de fé purísima viene á iluminar mi espíritu!... ¡porque mi corazón no es ya un campo de sepulcros!... ¡porque mi alma se despoja del luto de sus penas!... ¡porque mi ser recobra el calor de la vida!...

¡En tan dulce arrobamiento se despiertan en mi alma los recuerdos de un pasado encantador!... Es como un lienzo, donde la invisible mano de un Mayo se complace en dibujar los mas seductores cuadros de una edad inocente, sin tédio, sin cuidados.

¡Representásemme las caricias de la mas amorosa de las madres que, meciéndome en su regazo, con ojos velados por una lágrima de ternura y fé íntima, inculcaba á mi naciente inteligencia aquellas ciencias santas y puras como el corazón que las dictaba!... ¡aun siento en mis mejillas, en mis ojos, en mi frente aquellos besos del materno labio!... ¡Aun siento aquellos abrazos de indecible amor que las madres únicamente saben dar!.....

—¡Besos y abrazos que carecen de toda su poesia lejos del seno materno!.....

—¡Besos y abrazos, cuyo valor comprendemos, luego que el ángel de la inocencia ha dirigido su vuelo á las celestes mansiones!....

—¡Besos y abrazos que el amor de estraña muger prodiga en los groseros trasportes de la materia, irritantes como toda expansion de los sentidos!.....

¡Tan cierto es que, lejos del regazo de la madre, todo amor es terrenal, interesado, falso, efímero!..... ¡Qué recuerdos!...

Eramos niños; nuestra vida... era un delicioso sueño. Mundo, sociedad, intrigas, engaños..... nada decian á nuestros inocentes corazones.

¡Un pensamiento siniestro no habia cruzado por nuestras frentes!..... ¡la maldad no habia llamado á nuestro asilo!..... ¡las pasiones no habian sobresaltado el sueño de la infancia con los espantos de la iniquidad!.....

Mis ruedan los tiempos: y á los de inocencia y dicha, suceden los de abominaciones inmundas.

¡Con almas nobles, con corazones llenos de generosos instintos, entramos en un mundo infestado por el hálito impuro de la maldad; en una sociedad de la virtud y la verdad yacen bajo la opresion de hipocresias de todo linaje!..... Dotados de sentimientos, hijos de una justicia enteramente natural, ¿cómo podiamos transigir con los actos de los malvados? ¿Qué accion infame podia mendigar nuestra aprobacion? ¿Qué pactos osarian proponernos los hombres de corazón amasado con el veneno de los odios?.....

Infancia querida, preciosa edad en que los días dulcemente se deslizan en inocentes recreos, ¿qué eres? ¡Una ilusion!..... ¿Qué eres? ¡Un mágico velo que inhumanamente rasgan nuestros destinos eternos!.....

II.

De nada vale que tengas un alma con aspiraciones á los sentimientos de justicia, de nobleza, de equidad y de digno orgullo. ¿Quieres descollar? Comienza por postrarte ante los grandes de la tierra.

Así á mi oido el mundo gritaba con roneo alarido.

¡Era mi primer paso en el camino de la vida!.....

Yo estaba asombrado.

«¿Cuáles son, sencillamente pregunté, los grandes de la tierra?»

Y me respondieron:.....

«¡Antes la muerte que rendir homenaje al vicio, á la vanidad, á la injusticia, al crimen, á la impiedad!... ¡Para mí solamente es grande aquel que es justo, aquel que es sabio!...»

«Jesus hollando con osada planta las vanidades del fariseo; Jesus soportando con divina resignacion los espantos del Gólgota: Jesus rindiendo su espíritu, mientras de sus labios se escapaban aquellas sublimes palabras: «¡Perdónalos, Padre mio, que no saben lo que hacen!.....;» ¡hé ahí el Hombre ante el cual me postro con santo entusiasmo!..... ¡hé ahí el Dios en cuya adoracion se trasporta el alma!.....»

«¡Sócrates bendiciendo la mano que le presentaba la letal copa con que le brindaba la injusticia de los hombres; Sócrates dando, en las agonias de la muerte, documentos de buen vivir á sus consternados discípulos; hé ahí el modelo de los sabios; hé ahí el Grande que yo admiro!»

«¡Surco los mares con Colon, y entono himnos de alabanzas al Todopoderoso que se complació en lanzar al mundo tan pensadora inteligencia!»

«¡Elevó estatuas á los Washington, á los Bolívar, que osadamente cortaron con patriótica espada las pesadas cadenas del nefando yugo que los déspotas impusieron á las Américas!»

«¡A los Vicentes de Paula, á los Fenelones, á los hombres de generosos arranques, levanto en mi corazón altares, y con mis simpatias los incenso!»

«¡Aborrezco.!»

«¡Abomino á esos hombres, cuyo renombre lo deben á las mil víctimas que la sanguinaria rabia de sus secuaces sacrificó en el mentido campo del honor!»

«¡Detesto, en fin, á los que ponen grillos al genio, á la inteligencia, á los progresos, á los justos entusiasmos!»

Dije: y la *adversidad* me tendió sus brazos, y la *desgracia* marcó mi frente con su férreo dedo!...

—¿Será tal vez una *maldición*, que vengamos al mundo con nobles instintos, con disparos bellos y justos?

—¿Será acaso un *castigo* que nuestro ser sea iluminado por una mente ansiosa de ciencia, de verdad; admiradora de los brillantes partos del genio, de las abnegaciones del justo; amante de la modestia del sabio; simpática, en fin, con todo lo que nos eleva á la esfera de las sublimes grandezas?

II.

¡El mundo se presenta ante mí atónita mirada en toda su repugnante desnudez!!!

Yo veo construir oscuros calabozos, forjar cadenas y grillos para encerrar y aprisionar á los hombres que osan arrancar á la iniquidad la hipócrita máscara con que encubre sus intenciones!

¡Yo veo que en torno á privilegios, inteligencias, iluminadas con el resplandor del *Eterno pensamiento*, rugen rabiosamente las preocupaciones de todo linaje!

¡Yo veo levantar cadalsos en que la ley deja airada caer la cuchilla homicida sobre una existencia que acaso soñaba con el mejoramiento de la humanidad!

—Sobre una cabeza que acaso iba á lanzar un grito de indignación en favor de los pueblos que gimen en ignominiosa esclavitud.

—¡Sobre un hombre, cuya muerte deja en la desolación, en el desamparo, á una mujer desvalida, á unos hijos sin recursos; viuda y huérfanos para siempre infamados.... hasta la quinta generacion!

—Sobre un desgraciado, que no pudo incurrir en actos violentos, sino en un momento de extravío, en un momento en que la luz de la razón se apagó, oscureció por el soplo del despertamiento de ciegas pasiones.

Yo veo pueblos cristianos que en vez de penitenciar á los infelices que por ignorancia ó por mala dirección de sus instintos, cometen delitos de mas ó menos cuantía, los condenan á arrastrar una vida vergonzosa en los denominados presidios, verdaderas escuelas de prostitucion, donde el hombre sin esperanza de rehabilitarse, pierde la dignidad de su ser, se envilece hasta el punto de hacer imposible su generacion; cuando bajo otro régimen con medidas mas en armonía con el espíritu cristiano, esos misereros extraviados, lejos de caer en la abyeccion, de perder todo senti-

tamiento de dignidad, redimirían su culpa, se purificarían, así como el pecador se regenera, se purifica ante la consoladora promesa de las misericordias divinas!

¡Yo veo pueblos cristianos armarse unos contra otros; y lo que es mas bochornoso, mantener por centenas de millares hombres armados, á quienes por un régimen especial, se reduce al estado de autómatas. Ellos derraman á torrentes la sangre de sus semejantes, y fian á la violencia del soldado la *justicia* de su *causa*.

—El Cristo dijo: cuando tu hermano cegado por la cólera te dé una *bofetada*, preséntale la otra *mejilla*. Y las leyes de la guerra autorizan!... obligan!... al hijo á que sepulte en el pecho del padre la acerada punta de la bayoneta; á que hunda su espada en el vientre que lo concibió; á que fusile al hermano que lo mecía en la cuna!

—¡Horror!!!
—La *guerra* es una lucha en la que la *fuerza* necesariamente ha de triunfar de la *razon*. Su moral y su justicia se desprenden de este principio suyo: El *derecho* está, donde está la *fuerza*!

—Veo hombres, ministros de un Dios de paz, cuya mision es de amor, de humildad, de abnegacion, de olvido de las injurias, que ensucian el sacerdocio, el sublime apostolado evangélico con el lodo de las mas asquerosas pasiones!

¡Sus labios que no debieran pronunciar mas que palabras llenas de unción cristiana, se despliegan para predicar el rencor de los odios, el encono de las venganzas! Ellos, apóstoles de la caridad, lanzan anatemas contra las mas nobles aspiraciones! Ellos, discipulos del Cristo, desvirtúan la divina doctrina del mártir del Gólgota, plegándola á mezquinos intereses, á inicuas impiedades!

Veo hombres que sin respeto á lo mas santo, á lo mas sagrado que puede haber sobre la tierra, la *libertad*, invocan nombre tan venerando para entrar en el círculo de las torpes grandezas, y para desde allí asestarla cobardemente á mansalva violentos tiros!

—Veo una sociedad que torpemente se arrastra en lodazal de vicios inmundos. Invierte cuantiosas sumas en las mas tontas superfluidades, y mira con ojo indiferente á la desvalida viuda, al huérfano desamparado, á las miserias del infortunio! Tiene oro para comprar el asqueroso beso de las ramerás, y no tiene un óbolo para aliviar la indigencia del menesteroso!

Una sociedad, en fin, para la cual la virtud es hipocresía; la dignidad... soberbia; la patria... un vano nombre; las mas santas tradiciones.... necia supersticion! El oro es su honor... su ley... su patria... su ciencia... su religion... su Dios! . . .

¡Horror! exclamé al considerar los espectáculos de la iniquidad humana!

Engolfado mi espíritu en la sombría noche de tan tristes pensamientos habia perdido la energia de los bizarros trasportes! . . .

El último lazo que me hacia agradable la vida fué bruscamente roto!..

El ángel destinado para labrar la felicidad de mi existencia voló á los cielos!.... quedó en su lugar la muger!.... estatua hermosa!.... cuerpo sin alma!

¡Adios ilusiones! bellos sueños hijos de las expansiones de un corazón formado para las santas creencias, para los puros amores!

(Se continuará.)

EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion).

—¡No hay gente tan feliz como los ingleses! murmuró Langlois sordamente, brillando en sus ojos una luz siniestra que aterró al mismo sir Roberto. En vano este quiso interrogarle para tranquilizarse y desechar toda idea de peligro; pues el bañero le habia ya vuelto la espalda y se habia perdido entre las apretadas filas de los espectadores.

No tardó sir Roberto en ver el cutter entrar magestuosamente en bahía. Las alegres salvas de música que salían de su bordo, sus gallardetes y flámulas agitadas por el viento, sus voces confusas resonaron pronto en el alma de sir Roberto como el himno real del *God save the King* resuena siempre en el corazón del verdadero inglés. Los mil piratas parisienses que habian acudido de todas partes para ver la tempestad desde el muelle, acompañaban con sus gritos de alegría á aquella embarcacion, que se balanceaba todavia agitada por las olas. Los hombres de la tripulacion, mojados desde la cabeza hasta los pies, permanecieron todos sobre la cubierta del buque, á escepcion de un personaje, á quien sir Roberto se apresuró á dar la mano apenas lo hubo reconocido. El conjunto de aquel hombre anunciaba uno de esos tipos ingleses, de quien el lápiz del satírico Monnier hubiera sacado mucho partido; era rechoncho, se meneaba con trabajo á causa de tener las piernas muy cortas, llevaba un sombrero de ala ancha, guantes de gamuza, un frasco de esencia y un paraguas. Una enorme chalina liada alrededor de su cuello, un sobretodo de paño gris y botas forradas completaban su gracioso talante británico.

—¿ois vos, comodoro? escalmó sir Roberto dando tres pasos atrás. ¿Qué viento os trae aqui?

—Un viento muy malo, cómo habéis podido ver, sir Roberto, pero ante todas cosas cenemos; porque desde que salí de Brighton no he comido mas que galleta. Vos, que conocéis la playa, guíadme, amigo mio, hasta una taberna cualquiera; dejo á mi

amigo Rook á bordo del cutter para que dé las órdenes necesarias; pero no tardará en venir á buscarnos.

—En la actualidad solo podeis hospedaros cómodamente en la fonda de los Baños, respondió sir Roberto. Dadme el brazo, luego que deis vuestras instrucciones al capitán Rook, con quien me parece que he estudiado en otro tiempo en Cambridge.

—Lo que no es posible, sir Roberto, dijo el comodoro poniéndose en marcha despues de haber dicho algunas palabras al oído del capitán Rook; pero esto no impide que Rook tenga la cabeza dura como un peñasco. No ha querido seguir ninguno de mis consejos en la travesía, y le debo una apuesta...

—¿Una apuesta?

—Si por cierto, ya sabeis que ese es mi fuerte. Ayer nos reunimos á comer en la fonda de Gloucester muchos *gentlemen* y oficiales, y ya llevábamos rotos muchos platos de loza de Wodgewood, cuando á fuer de marino me creí obligado á hablar de mis campañas en la India. El vino de Bucelas que habíamos bebido, y sobretodo, las bravatas de mi amigo Rook me exaltaron hasta el mas alto punto, y creyéndome obligado á replicar, aposté 1000 guineas á que haria en un cutter que yo escogiera la travesía desde Brighton hasta Dieppe en nueve horas. Todos me tuvieron por loco, y aun yo mismo, al despertar esta mañana con la aurora, no pude formar otra opinion de mi persona; pero me presentaron un papel firmado, y me vi obligado á llevar adelante la apuesta. La desgracia ha querido que Rook y un temporal se hayan mezclado en este asunto, y que en vez de nueve horas haya empleada quince, perdiendo la apuesta ¡Mil guineas! ¡Cara apuesta!

—Siempre sereis jóven, mi querido comodoro; páreceme, siu embargo, que en nuestra última entrevista en Londres...

—¿En la época de mi casamiento? Si, ya me acuerdo; no hablémos de eso, mi querido sir Roberto: pues no he venido aquí para enternecerme, y por otra parte, continuó sentándose de un golpe sobre una silla, me parece mejor que pensemos en cenar. Sois mi convidado, y no os suelto de la mano.

Acababan de entrar los dos en una sala espaciosa que daba al mar, y en la cual se veían muchas mesas sin manteles y alumbradas solamente por la luz de una lámpara humosa. Sir Roberto pudo con mucho trabajo distinguir los objetos; no había en toda la sala mas que un solo hombre sentado en un rincón y vuelto de espaldas, el cual estaba cenando. Sir Roberto y el comodoro no fijaron en él la atención, y se pusieron á hablar apenas les cubrieron la mesa de platos y botellas. Llenaron sus vasos, y el comodoro no tardó en olvidar, al verse al lado de un compatriota, la pérdida de su apuesta y los peligros de la travesía.

—Segun eso, mi querido Southwel, sois completamente feliz, replicó sir

Roberto fijando en el comodoro una mirada clara y penetrante, como si hubiera querido sondear en él alguna herida.

—Tan feliz como puede serlo cualquiera cuando no corre ya los peligros del mar, encuentra una buena fonda y es viudo... Tres cosas que no son indiferentes, continuó llenando un vaso de vino.

—¿Y vos no os reconvenis de nada?

—De nada absolutamente... sino es de haber perdido mi apuesta, lo cual no dejará de perjudicarme en el club de los yachts, del cual soy tesorero.... Por mi ánima, añadió el comodoro bebiendo un vaso de vino de Maderá, os aseguro que mi conciencia está tranquila como la de un cuáquero, y puesto que debemos hablar aquí como amigos, no me acuso mas que de dos cosas.

—¿De cuáles?

—La primera, haber mandado zurrar á un pobre diablo de grumete hasta desollarlo vivo; y la segunda, de no haber matado al francés que se introdujo en el cuarto de mi esposa, de la cual he tenido que separarme despues de ese escándalo.

—Lady Southwel está inocente! afirmó sir Roberto.

—Me olvidaba de que es parienta vuestra, sir Roberto. No acuso á lady Southwel, creedme, demasado se encarga de hacerlo por mí todo Londres. Quiero hablaros solamente de mi grumete, de un jóven cuyo nombre he olvidado, pero cuyo rostro creo ver todavia, á pesar de haber trascurrido ya trece años por lo menos... Figuraos que visitaba entonces el puerto de Tolon, y el capitán de la fragata francesa *Sofia* me habia dispensado el honor de convidarme á su bordo; aun no me habia casado con miss Olimpia Smith, despues lady Southwel; pero la acompañaba con su padre á la visita de aquella fragata, cuando el capitán tuvo el capricho de empeñarse en que nos quedáramos á comer con él. Entramos, pues, en la cámara del capitán, donde debian servirnos á la mesa tres de sus grumetes. El mas alto de los tres, á quien el dia anterior habia dado el grado de capitán de grumetes, grado convencional que, como sabeis, se da al mas diestro, se mostraba tan solícito para servir á miss Olimpia, al mismo tiempo que tan negligente respecto de mí, que se me subió la mostaza á las narices, y aproveché el instante en que aparentaba no oirme para dejar caer sobre el suelo un hermoso salero de Sevres que se hizo mil pedazos. El capitán se puso de muy mal humor, y yo eché la culpa al grumete, que me respondió insolentemente que no servia mas que á su amo y á la dama que habíamos llevado allí. Furioso con esta respuesta, me quejé al capitán exigiendo de su parte un castigo inmediato. Acostaron al grumete sobre la cureña de un obús, le desnudaron hasta la cintura, y un marinero le midió las espaldas á gratelazos por espacio de mas de media hora.

—Mas de media hora!

—Despues de estos postres, durante los cuales lanzó el pobre diablo gritos penetrantes, lo enviaron á reflexionar el resto de la noche á los masteleros de juanete, donde esperaban hallarle al dia siguiente, cuando se supo que de cansancio ó de desesperacion se habia dejado deslizar al mar durante la noche y la alegre algazara que habia seguido á nuestra cena. Me olvidaba de deciros que á no haber sido por miss Olimpia, el desgraciado grumete hubiera visto prolongar sus azotes; ella fué la que intervino é hizo cesar el suplicio. Cuando una muger ha hecho una cosa buena en su vida, sir Roberto, se la debe tomar en cuenta, ¿no es verdad? dijo el comodoro. ¿No bebeis?

—Escuchad, comodoro, voy á hablaros con toda formalidad. Hasta aquí no habeis visto en mí mas que un pariente de lady Southwel, un amigo... permitidme que sea tambien su abogado.

—¿Pues qué, no se ha encargado la ley de romper mis lazos con lady Southwel?

—¡La ley! A pesar de sus infinitas pesquisas aun no he podido encontrar á ese hombre, el cobarde que queria deshonoraros dejó á Londres el dia despues de su crimen; ¿pero la misma conducta de lady Southwel no es la mejor protesta contra semejante acusacion? Al separarse de vos para siempre ha llevado una sola esperanza: la de rehabilitarse á vuestros ojos. Entretanto sigue siendo el blanco de los denuestos, de la calumnia y de los sarcasmos. Los periódicos de Londres se han apoderado de lo que llaman su crimen, y se complacen en propalar injurias anónimas contra la reputacion de una infeliz muger. ¡Páreceme, comodoro, que estais bastante vengado!

—Sir Roberto, es una lástima que no hayais seguido la carrera del foro, pues creo que sabrais defender la peor de las causas. Ya que habeis querido tocar este punto, debó deciros que vais á quedar contento de mí. Ignoro, no quiero saber en qué lugar se ha retirado lady Southwel; pero quiero aumentar su patrimonio con la cesion de todos mis bienes, que la asegurarán una independencia noble. Déjola en libertad de casarse con su seductor, y puede hacerlo desde mañana mismo.

(Se continuará.)

INVENTO. Don Joaquin Sánchez, maestro de primeras letras del pueblo de Jarque en Aragon, ha ideado una máquina que hace aparecer en un elegante cuadro todas las letras y silabas del alfabeto. Dicen que ofrece grandes ventajas para enseñar á leer á los niños, y parece que ha sido presentada al consejo de instruccion.

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.